



¿Dónde quedó la productividad?



José García Montalvo

En los últimos tiempos, es difícil leer un periódico o una revista económica sin encontrar algún artículo que haga referencia a la cuarta revolución industrial, la segunda revolución de las máquinas o la robotización. Sin embargo, toda esta gran revolución no aparece en el sitio donde más se le espera: las estadísticas de productividad. Los economistas no solemos ponernos de acuerdo en muchas cosas, pero si hay una en la que todos coincidimos es que la productividad es el determinante básico del nivel de vida de las sociedades en el largo plazo.

No es la primera vez que vivimos un episodio similar. A mitad de los años 80, el Nobel Robert Solow describió la paradoja que lleva su nombre: "Vemos ordenadores en todas partes menos en las estadísticas de productividad". En estos momentos podríamos decir que se transmiten ingentes cantidades de datos por todas partes, pero son invisibles para las estadísticas de productividad. La productividad mundial se ha reducido drásticamente, y en algunos países ha tenido disminuciones recientemente, como en EEUU, donde cayó el año pasado por primera vez en tres décadas. El misterio de la productividad menguante es objeto de multitud de conferencias y reflexiones públicas. El último en analizar este misterioso efecto ha sido Andrew Haldane, economista jefe del Banco de Inglaterra, hace pocos días.

Existen varias posibles explicaciones para la evaporación de la productividad. La primera es la posibilidad de que existan errores de medida en la producción cuando aumenta la importancia de los servicios y de los nuevos productos. Aunque ésta es una teoría plausible, trabajos recientes muestran que sólo puede explicar parte de esa evaporación.

Una segunda posibilidad es que volviera a suceder lo que pasó a mitad de los años 90, cuando se produjo un resurgimiento de la productividad hasta 2004. Es posible lógicamente que el impacto de las nuevas tecnologías tarde en reflejarse en la productividad, o que las innovaciones de la cuarta revolución industrial tarden más tiempo en difundirse, aunque por su propia naturaleza es poco probable.

Una tercera posibilidad es que la cuarta revolución industrial sea poco relevante comparada con las anteriores. Ésta es la hipótesis que mantiene el economista Robert Gordon. La capacidad transformadora de la economía digital sería muy inferior a la revolución del motor de combustión y la electricidad, por lo que su impacto sobre la productividad sería también más limitado. Para Gordon, las grandes innovaciones finalizaron a principios de los años 70 y desde entonces la productividad se ha ralentizado sustancialmente. El súbito incremento de productividad de mediados de los años 90 hasta 2004 se debió al efecto de la rápida caída del precio de los

semiconductores y su impacto sobre la medición de la productividad. Esta teoría es sugerente y parcialmente correcta, como demuestra el enorme crecimiento de la productividad en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Pero no puede explicar la evidencia microeconómica que señala que la productividad se ha ralentizado por el incremento de la diferencia de productividad entre las empresas más eficientes y el resto.

Menos nuevas ideas

Una cuarta explicación, relacionada con la anterior, señala que las nuevas ideas son cada vez más difíciles de encontrar. Por ejemplo, la ley de Moore implica que cada dos años se duplica el número de transistores de un procesador. Pero según los cálculos de Jones y sus colaboradores, el número de investigadores necesarios hoy para mantener la ley de Moore es más de 25 veces superior al requerido a principios de los años 70. La rápida caída de la productividad de las ideas en el sector de los semiconductores no se justifica porque tenga los mayores rendimientos decrecientes, pues Jones muestra que lo contrario es cierto. Según Jones y sus colaboradores, la productividad de las ideas para la economía agregada de EEUU ha caído por un factor de 48 desde 1930, una disminución media de más del 5% anual.

Una quinta posibilidad es que los problemas generados por la crisis financiera tengan impacto incluso una vez finalizada. Algunos autores señalan que el colapso del crédito pudo tener efecto sobre las empresas más grandes y productivas. Sin embargo, la caída de la tasa de crecimiento de la productividad comienza tres años antes que la crisis.

Una última posibilidad es el mantenimiento de empresas poco productivas como consecuencia de los bajos tipos de interés, que hace viables incluso ideas poco productivas, y el favorecimiento de las refinanciaciones. De esta forma, se reduce el proceso de destrucción creativa y se permite que algunas empresas poco eficientes se mantengan vivas, lo que reduce la tasa de relocalización de trabajadores a empresas más eficientes. Las barreras a la competencia y la excesiva regulación de algunos sectores también protegen a las empresas ineficientes de las compañías que podrían aprovechar mejor las ventajas de la economía digital. Asimismo, la falta de capacidad de gestión de las nuevas tecnologías, especialmente en Europa, y la falta de personal adecuadamente formado dificulta la adopción de muchas de las nuevas tecnologías por parte de las empresas y, por tanto, la mejora de la productividad. El motivo de la evaporación de la productividad sigue siendo un misterio para la ciencia económica. Es muy probable que parte de la explicación se deba a errores de medida y otra parte a fricciones que mantienen en el mercado empresas poco productivas. Pero cada vez que oigamos referencias a la robotización y la revolución digital debemos preguntarnos cuando aparecerán en la productividad.

Catedrático de Economía,
 Universidad Pompeu Fabra